

SEMÁNTICA COGNITIVA Y ANÁLISIS DEL DISCURSO EN LA PROSA DE SANTA TERESA

MARÍA AZUCENA PENAS IBÁÑEZ
Universidad Autónoma de Madrid

La sintaxis y el léxico han sido tratados con amplitud desde hace mucho tiempo, sin que el vínculo imprescindible con la semántica haya quedado establecido de manera suficiente. De ahí la moda de las reglas, de los algoritmos y, en definitiva, de la formalización, que debe matizarse cada vez más al abordar el sentido.

En este trabajo intentaré explicitar algunos vínculos existentes entre los comportamientos discursivos y las representaciones mentales, que dejan entrever los escritos prosísticos de Santa Teresa. En todo momento surgirán reflexiones sintácticas, pues la sintaxis es el vehículo de exteriorización del sentido.

Lo observable del mensaje es el texto, oral o escrito. El texto realizado depende de cierto número de condiciones, que se agrupan en torno a cuatro polos, según B. Pottier¹: saber, querer o intencionalidad, contexto y situación. A este respecto conviene precisar que las categorías modales conocidas con el nombre de tematización y focalización² son la expresión usual de la intención jerarquizante por parte del enunciador, desde el nivel conceptual.

Las representaciones visuales son tan antiguas como la humanidad. Constituyen la fijación del pensamiento fluctuante. El dibujo es siempre una abstracción de lo real, por necesidad. Pero puede alejarse más o menos de lo real de diferentes maneras. Acudiré a la clasificación, ya clásica, de Ch. S. Pierce: el icono

1 B. Pottier: *Semántica general*, [1992], Madrid, Gredos, 1993.

2 Véase al respecto, en otras referencias bibliográficas, los trabajos de B.K. Barnes, E. Larsson, A. Morales, M.L. Rivero, H. Campos y M. Zampini.

reproduce lo esencial del objeto (real o imaginario) en su conjunto; el índice proporciona indicaciones sobre lo designado; y el símbolo remite a una asociación por lo general culturizada. La historia de la escritura (ideográfica y alfabética) ilustra de magnífico modo los pasos de un estadio a otro. En los escritos de Santa Teresa, se atenderá a la disposición tipográfica que presentan, como semiotización simbólica de un proceso cognoscitivo rastreable e inferible, según la elaboración efectuada por Luisa López Grigera.

Cada representación conceptual es susceptible de manifestarse lingüísticamente de múltiples formas. Una intención conceptual puede decirse de varias formas, que van de la palabra justa (el ortónimo) a la perífrasis lúdica (peronimia, circuitos discursivos abiertos), a través de dos fases intermedias: la metonimia (vínculo referencial –ver–) y la metáfora (asociación mental –imaginar–).

El fenómeno es general, aun cuando cada LN tiene sus soluciones específicas. En función de las elecciones enunciativas efectuadas, surgen diversas soluciones lingüísticas en una lengua dada, que, en la medida en que remiten a un mismo esquema conceptual, son parasinonímicas.

Parto del principio de que el enunciador –Santa Teresa–, no es un simple descriptor del mundo. Al decir algo, lo interpreta a la fuerza y, por lo general, manifiesta lingüísticamente su reacción personal a través de la formulación de su propósito. No en vano, la gramática no es más que una abstracción³ generalizadora de la experiencia humana. Según nos dice en la *Minerva* el Brocense, y éste basándose en Paulo, «regla gramatical es aquello que refleja brevemente la realidad. El gramático si no demuestra lo que dice con razón y con ejemplos, no será digno de crédito en nada, y menos en gramática»⁴.

3 Langacker la concibe como simbolización «showing that a coherent and revealing account of linguistic phenomena emerges just in case they are attributed specific meanings. This is one objective of the present work, and of cognitive-grammar research generally» (*Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pág. 81). Y más adelante, con respecto a las relaciones sintagmáticas: «syntagmatic combination is the integration of two or more component structures in semantic, phonological, or symbolic space to form a composite structure of greater size in the same domain. The integration of two symbolic structures involves their integration at both the semantic and the phonological poles. Integration depends on correspondences. For two semantic structures to combine syntagmatically, they must have some point of overlap; more precisely, a substructure of one is placed in correspondence with a substructure of the other, and these two substructures are construed as designating the same conceived entity. It is by virtue of having one or more such entities in common that two component structures can be integrated to form a coherent, more elaborate conceptualization» (*Foundations...*, pág. 94).

4 Francisco Sánchez de las Brozas, *Minerva*, Cáceres, Institución Cultural El Brocense, Universidad de

El Yo es evidentemente el elemento más dinámico de la relación de sensación, intelección o modalización. El ejemplo más conocido de diátesis (que, además, no recibe por lo común este nombre) es:

DIR. (yo) adoro el chocolate⁵ INV. me gusta el chocolate.

El español dispone normalmente de estos dos recorridos diatéticos:

DIR. (yo) creo que...	INV. me parece que...
es necesario que yo parta	me es necesario partir
(yo) estoy encantado con esa idea	esa idea me encanta.

Los verbos inversos no son jamás sinónimos de los verbos directos:

DIR. Pedro ama a Juana
INV. Juana es amada por Pedro (gramática)
Juana le gusta a Pedro (léxico).

El Yo enunciador es el dueño de las modalidades. Podría pensarse que sólo el yo tiene derecho a expresar una modalidad y, en general, cualquier manifestación extremadamente subjetiva. La elección de un comportamiento depende en gran manera del yo, y puede darse un ejemplo de este *continuum* entre extrema objetividad y extrema subjetividad haciendo referencia a la elección de una adjetivación: esta habitación es cuadrada —> sombría —> triste.

Todo propósito es susceptible de ser modalizado por el enunciador. Las modalidades se dividen en función del papel que desempeña la primera persona. La modalidad epistémica está orientada a la percepción, al saber y al creer. Esta área de la modalidad expresa el grado de adhesión del Yo con respecto a su propósito. Los sentidos pasan a ser, a través de un proceso metafórico, modos de pensamiento: «¿no ves que es un pobre hombre?».

La verdad epistémica descansa en el saber compartido: «deseo saber que un chimpancé es un mono». El recorrido epistémico presenta un juego de dinamis-mos variados en una combinatoria muy compleja. Por ejemplo: hipótesis y previsión; el modo subjuntivo e indicativo; el después de P; el frecuentativo; el testimonial a diferencia del mediativo; la interrogación; el artículo «el»... etc.

Parece intuitivamente cierto que tenemos ideas, y que luego queremos dar-

Extremadura, 1995, p. 43.

⁵ Los ejemplos están sacados del libro anteriormente citado de B. Pottier, en el cual me he basado para esta primera parte introductora del estudio.

les forma. No elegimos una forma para preguntarnos qué sustancia va a ocuparla. Las lenguas, como el español, que han generalizado el orden «lexema + gramemas» siguen, pues, la naturalidad. Pero la anteposición de gramemas es frecuente: lat. *omnibus* /v/ esp. *para todos*.

Por lo tanto, puede hablarse de una cronología del pensamiento, ya que en una combinación dada, uno de los términos debe ser concebido necesariamente antes que los otros. El segundo aporta una información sobre el primero: «La mayoría de los obreros», supone una cronología: Los obreros, en su mayoría, que también puede decirse en español. El discurso sigue a veces la cronología en «llueve, creo»; «está enfermo, parece», pero hay anticipación usual, sintácticamente bien establecida, en «creo que llueve»; «parece que está enfermo», ya que la modalización es un aporte sobre un soporte proposicional.

Resulta conveniente que el lingüista distinga entre el agente del evento (conceptual); el sujeto del enunciado (sintáctico); y el tema intencional (pragmático-enunciativo).

Conceptualmente, el dinamismo está orientado, y el orden natural va del agente hacia el paciente. Si se quiere «ir a contracorriente», es necesaria una operación suplementaria de diátesis, vista antes, que muestra la intervención del enunciador en el curso natural del evento.

Sintácticamente, sólo puede ser definido el sujeto. En una relación en la que se pone al sujeto en relación de potencia con un objeto, observamos que las lenguas conocen el predominio de la disposición lineal simbolizada por el ordenamiento de SVO. Se han dedicado numerosos estudios a esta cuestión desde una perspectiva tipológica. Resulta que casi la mitad de las lenguas privilegian el orden SOV, y un tercio, el orden SVO; después viene VSO, siendo las otras tres combinaciones mucho más raras. Por consiguiente, el 95% de las lenguas expresan el sujeto antes que el objeto. En la medida en que el sujeto manifiesta a menudo (aunque no con regularidad) al agente, y el objeto al paciente, hallamos el orden presentado conceptualmente⁶.

⁶ En la lengua, *comer*, tiene una combinatoria:

- ortosémica: alguien *comer* alimentos (el niño come galletas),
- metafórica: algo *comer* algo (el orín come el hierro).

La ortosemia es el uso no desviado del sentido inmediato de una lexía. La isosemia es la armonía semántica establecida entre varias lexías. Lo contrario, para Pottier, es la anisosemia.

Pragmáticamente, el tema sirve de soporte intencional a un aporte o rema elegido por el enunciador en función de la finalidad de su discurso y de sus visiones sobre el interpretante. En «la maleta no la tengo», la maleta está puesta como punto de partida semántico, y el *la* es el anafórico condicionado sintácticamente. «Maleta no tengo» tendría un sentido diferente: «en cuanto a tener maleta, no tengo». El español distingue con bastante regularidad «Juan [hablamos de él, tema] ha llegado [rema]», de «ha llegado Juan [rema]», en cuanto que se refiere al conjunto remático de la información.

Con frecuencia se da orden del pensamiento y desórdenes en la lengua natural:

- Cronología del pensamiento: /gato/ [entidad 1] /pez/ [entidad 2] /ver/ [comportamiento]
- Orden del modelo de lengua: /gato/ /ver/ /pez/⁷
- Resultado discursivo tras las operaciones enunciativas /el pez, lo ha visto el gato/.

La cognoscitividad abarca la percepción por los sentidos y todas las actividades intelectuales. Así, de una atribución localizante como «este coche es mío» se pasa a la constatación de un saber como «yo tengo coche».

Es importante advertir que la cognoscitividad (las sensaciones o las intelecciones) expresa relaciones. «Juan lee un periódico» evoca una transferencia del saber contenido en el periódico hacia Juan a consecuencia de una actividad de Juan. El periódico no pierde, por tanto, su contenido, mientras que Juan ve pasar su saber de m_1 (ignorancia) a m_2 (saber).

R. W. Langacker partiendo de la semántica de los prototipos ha llegado a una visión «cognitiva» que abarca toda la lingüística (*Foundations of Cognitive Grammar*, I-II).

7 En una confrontación entre dos entidades, la naturalidad va del (+POT) al (-POT): Juan (+) vio las flores (-). Si las dos entidades son del mismo rango, esta jerarquía no está ya marcada de manera natural, y conviene hacer que la que está afectada por el proceso se presente despotencializada. Esto se logra por medio de una marca, el directivo α en español: Juan (+) María (+)

vio
a María (-)

Si el término afectado pierde su especificidad por estar en plural o indeterminado, o si el proceso puede reducir su propia potencia, entonces puede no utilizarse α : vio mucha gente en la sala.

En rigor, la semántica de los prototipos, en cuanto «modelo» de semántica descriptiva, es sólo la aplicación al lenguaje de una teoría general de los prototipos, mucho más ambiciosa, entendida como teoría de la «categorización», o sea, de los universales y de su formación, y -desde los universales («categorías»)-, con respecto al lenguaje, como semántica general, y con respecto a la «realidad» (o «mundo»), como teoría de las «especies». Se trataría de una verdadera revolución copernicana en la teoría de la «categorización» y, precisamente, se dice, de una revolución «antiaristotélica», ya que se entiende que la concepción tradicional y corriente de las «categorías» (en particular, de las especies naturales) como al mismo tiempo homogéneas y «discretas» (inequívocamente delimitables) procede de Aristóteles. Las categorías, se sostiene, no se constituyen ni se deslindan globalmente, sobre la base de un determinado número de propiedades específicas y constantes, comunes a todos sus miembros, de «condiciones necesarias y suficientes», sino que se forman a partir de ciertos ejemplos óptimos («prototipos») por extensión asociativa en varias direcciones fundada en una semejanza mayor o menor con esos prototipos (o con otros tipos ya incluidos por asociación en tal o cual categoría); por lo mismo, sólo presentarían límites imprecisos y borrosos. Esto debe entenderse en sentido tanto dinámico como estático, o sea, tanto con respecto al desarrollo como con respecto al modo de ser (o configuración) de las categorías: las categorías no serían homogéneas sino «difusas» (con centro y periferia), ya que su cohesión interna se daría por la asociación con los prototipos, que funcionan implícitamente, en cada caso, como «cognitive reference points»; y no serían de por sí «discretas», ya que en sus periferias se entrecruzarían con otras categorías.

En una versión ya «heterodoxa» de la semántica de los prototipos como la de G. Kleiber («*Prototype, stéréotype: un air de famille?*»), se distingue entre propiedades distintivas, que sirven para el deslinde de las categorías, y propiedades prototípicas no distintivas, que sólo conciernen a su configuración interna. Pero con esto la teoría general de los prototipos y la relativa semántica pierden gran parte de su sentido propio.

A pesar de las críticas que le han llovido a este tipo de semántica de autores como Brenda Laca o Eugenio Coseriu⁸, también son importantes las ventajas

8 E. Coseriu en su artículo titulado «*Semántica estructural y semántica cognitiva*», en *Homenaje al profesor Francisco Marsá, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1990*, pp. 239-282, ofrece algunas objeciones. Por ejemplo:

que se atribuyen a la semántica de los prototipos, ya que corresponden exactamente a las «deficiencias» de la semántica analítica. Así, 1º) la semántica prototípica es capaz de enfrentarse, no sólo con todos los sectores del léxico, sino, virtualmente, con todo hecho lingüístico que implique «categorización». En efecto, paralelamente a su desarrollo teórico, la semántica de los prototipos ha ido ampliando su campo de aplicación y, en los últimos años, ha llegado a convertirse, al menos en parte, en «método prototípico» de descripción y análisis, utilizable también más allá del léxico. De los nombres de colores se ha pasado a los de especies naturales y a los nombres de artefactos (como las tazas y vasos de Labov). Fillmore ha distinguido varios tipos de prototipos en el léxico y ha aplicado la técnica de interpretación prototípica a los pronombres demostrativos. Lakoff ha aplicado el enfoque prototípico a las reglas gramaticales y otros, más recientemente, incluso a la fonética y a la morfología. 2º) Al no concebir la semántica prototípica las categorías como estricta y rígidamente delimitadas, permite, por ejemplo, que se llame *chaises* también a objetos diferentes de las «*chaises*» prototípicas. Por consiguiente, la semántica prototípica explicaría la «vaguedad referencial» y los «casos marginales»; y justificaría la inclusión de objetos de por sí «nuevos» en categorías ya constituidas como tales. Las categorías construidas a partir de prototipos presentarían, así, «estabilidad estructural» (la cohesión determinada por la asociación con los prototipos) y, al mismo tiempo, serían suficientemente flexibles pudiéndose adaptar a lo inédito o novedoso de la experiencia y a los progresos de las técnicas. 3º) La semántica prototípica entiende las categorías como graduales, lo cual correspondería también a la intuición de los hablantes, para quienes los miembros de una categoría no son todos equivalen-

«Los significados como tales no son ni heterogéneos en su estructura interna ni de límites borrosos: no presentan «centro» y «periferia» ni zonas de transición de un significado a otro. La heterogeneidad y continuidad son heterogeneidad y continuidad de las «cosas» designadas, no de los significados que las ordenan; y se advierten como tales precisamente a la luz de la homogeneidad y lo delimitado de los significados» (p. 266). «La semántica de los prototipos comete el error más grave y más elemental que pueda cometerse en semántica: el de confundir las significaciones con las cosas designadas. En efecto, todos esos argumentos se refieren al «saber acerca de las cosas» y ninguno al saber propiamente lingüístico, y son, por ello, todos falaces» (p. 267). «La semántica de los prototipos, en su forma genuina (como psicología cognitiva), no es propiamente «semántica»: se refiere a la delimitación y a la configuración interna de las «especies», no a la delimitación y a la estructura de los significados en las lenguas» (p. 278).

Me he basado en este artículo para lo que sigue de la semántica de los prototipos.

tes, siendo ciertos ejemplos de la misma, evidentemente, «mejores», más apropiados que otros. Esto se manifestaría en una serie de fenómenos propios del uso lingüístico, como las «inclusiones reticentes» por medio de expresiones ponderativas y limitativas como: *casi, algo como, una especie de*, etc; inclusiones que son normales para los ejemplos no-prototípicos, pero no para los prototípicos. Otro fenómeno sería el de la «interpretación preferida», muy importante para la comprensión de lo sobrentendido en los textos. También el de la «inferencia tácita» (o «razonamiento por defecto»): si, por ejemplo, se dice de x que es un «oiseau» y no se dice nada en contra, se entiende que x es «capaz de volar»; y *Si j'étais un oiseau!* se entiende comúnmente como «si yo pudiera volar». Con esto se relacionarían las aserciones genéricas (como: «las aves vuelan»), que se aplican virtualmente a toda una categoría, aunque lo que en ellas se predica no sea cierto para todos y cada uno de los miembros de la categoría en cuestión; o sea, las aserciones en que el plural determinado no equivale estrictamente a *todos los (todas las)* y que, a pesar de las excepciones que puedan aducirse, no suelen interpretarse como falsas.

En general, el empleo de las palabras en los textos y su interpretación se fundarían a este respecto en dos principios formulados por S. Schlyter: el «principio de la aproximación prototípica» y el «principio de la desviación especificada»⁹. O sea: de acuerdo con el primer principio, si no se dice otra cosa, la palabra se interpreta en sentido prototípico. Esto justificaría, según Kleiber, la anáfora textual asociativa, admisible y normal en: *Nous arrivâmes dans un village. L'église était fermée*, pero no en *Nous arrivâmes dans un village. Le grand magasin était fermé* (porque el «village» prototípico implica una iglesia, y una sola, pero no implica grandes almacenes). De acuerdo con el segundo principio, las «desviaciones» (los empleos atípicos) suelen especificarse como tales. Así, en alemán, *rei-*

9 Esto último es, precisamente, lo que se pretende hacer patente por medio de «la prueba del pero»: no suele decirse *C'est un oiseau, mais il vole y*, en cambio, se dice *C'est un oiseau, mais il ne vole pas*. Para E. Coseriu esto no es de por sí prueba de que la «capacidad de volar» sea rasgo lingüísticamente pertinente del significado «oiseau», sino sólo de que se sabe que la mayor parte de los «oiseaux» vuelan, puesto que esta prueba se aplica, exactamente en el mismo sentido, no sólo a los rasgos pertinentes, sino a todo lo que es hecho de experiencia corriente, a todo lo que se sabe «en general» -o se supone saber- de las cosas, e incluso a toda «idea y creencia» acerca de las cosas. Así, por ejemplo: *Es un caballo, pero es inteligente / pero no es inteligente; Es un zorro, pero es astuto / pero no es astuto... Es mi hermano, pero me quiere / pero no me quiere*.

ten, «cabalgar», se entiende de inmediato como «cabalgar sobre un caballo»; si, en cambio, se trata de otro animal, esto suele especificarse: *Er reitet auf einem Kamel*, «cabalga sobre un camello».

Es muy cierto que el conocimiento de la gradualidad de las «categorías», es decir, de las clases objetivas, se manifiesta en el «uso lingüístico». A este respecto hay que distinguir entre nombrar las cosas y hablar de las cosas, puesto que de las cosas no se habla sólo con conceptos y significados, sino también con el conocimiento de las cosas mismas. La distinción entre saber lingüístico, que, en el léxico, se manifiesta en el nombrar, y conocimiento de las «cosas», que puede manifestarse en el decir (o hablar), resulta de gran utilidad en la aplicación textual, puesto que las palabras no significan sólo en una *zona* («región» en la que se conoce y se emplea corrientemente un signo lingüístico), sino también en un *ámbito* («región» en la que los objetos designados se conocen como elementos del horizonte vital de los hablantes o de un dominio orgánico de la experiencia o de la cultura) y en un *ambiente* («región» establecida social o culturalmente).

El conocimiento de las «cosas» es marco determinante del hablar, y ha de tenerse en cuenta, junto con los significados lingüísticos, para la interpretación del empleo de las palabras en los discursos, a pesar de que el lenguaje es anterior a la distinción entre existencia e inexistencia. Así, Aristóteles dice que «hircociervo» significa, por cierto, algo, pero no corresponde a algo conocido como existente; y ni siquiera «hombre», implica de por sí existencia de lo nombrado.

Por lo tanto, una semántica «de las cosas», como una semántica lingüística de las referencias, explícitas e implícitas, al saber extralingüístico, es necesaria y hasta indispensable para la comprensión efectiva de la actividad lingüística, y para la interpretación del uso de las palabras, ya que muchísimos aspectos gramaticales del hablar están determinados por el conocimiento de las cosas designadas.

E. Coseriu concibe, en el artículo citado, la «lingüística de las cosas» como sección de la lingüística general del hablar, y, por consiguiente, como disciplina auxiliar de la lingüística del texto, ya que su objetivo sólo puede ser el de servir para la justificación e interpretación de los hechos determinados por el saber extralingüístico en el hablar realizado en discursos. En ella se ha de distinguir cuidadosa y constantemente entre lo dado por las lenguas y lo determinado por los entornos y los saberes no lingüísticos.

R. W. Langacker¹⁰ hablando de Convención y Uso, observa inteligentemente que «Putting together novel expressions is something that speakers do, not grammars»¹¹. En efecto, cuando un hablante percibe la necesidad de encontrar una expresión lingüística para una conceptualización, tiene que hacer frente a factores como: «how much detail the speaker considers relevant; which aspects of the conceptualization he wishes to emphasize; his social relationship to the hearer; his assessment of how much the hearer already knows about the context and the notion to be conveyed; how the expression is to be integrated with previous and anticipated discourse; the effect he wants to have on the hearer; his estimation of the hearer's linguistic ability; and how far he is willing to deviate from linguistic convention»¹².

En el apartado de creatividad lingüística hace una distinción entre dos tipos de creatividad, que tendremos en cuenta para Santa Teresa: «(I) rule-governed creativity, consisting in the computation of novel expressions by the correct application of grammatical rules; and (II) creativity in a more general sense of the term, manifested in such phenomena as figurative language¹³, the adaptation of lexical items to new situations, and the willful violation of grammatical rules. The former is considered a proper concern of linguistic description, whereas the latter is generally left to be treated in a theory of performance or an account of overall cognitive ability»¹⁴.

Ronald W. Langacker concibe la mente como proceso dinámico y afirma: «Though it is customary –and I think innocuous– to use nominal expressions to designate mental phenomena (e.g. *mind*, *thought*, *concept*, *perception*, etc), such terms must always be understood as convenient reifications. *Mind* is the same as mental processing; what I call a *thought* is the occurrence of a complex neurological, ultimately electrochemical event; and to say that I have formed a *concept* is

10 R. W. Langacker: *Foundations of Cognitive Grammar*, Stanford University Press, Standford, California, 1987, vol. I: Theoretical Prerequisites.

11 *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pág. 65.

12 *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pág. 65.

13 «The term imagery is often employed as an equivalent of metaphor (or figurative language), which I [Langacker] also consider an inherent and fundamental aspect of semantic and grammatical structure» (*Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pág. 110).

14 *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pág. 71.

merely to note that a particular pattern of neurological activity has become established, so that functionally equivalent events can be evoked and repeated with relative ease [...]. I will use the term event to designate a cognitive occurrence of any degree of complexity [...]. Mental experience is thus a flow of events: it is what the brain does. As recurrent events become entrenched to form established routines, and coactivated routines are coordinated into higher-order routines, the nature of this experience becomes more and more elaborately structured. At any given moment a brain is the locus of countless ongoing events of great complexity and diversity, but typically they are sufficiently patterned and integrated that many facets of this welter of activity constitute a coherent body of interpreted experience rather than a flux of unfamiliar and unrelated sensations»¹⁵.

En el apartado Imaginería, Langacker ofrece interesantes matices distintos¹⁶ para oraciones que podrían ser usadas para describir la misma situación objetiva: «Two images of the same situation may differ as to which features of it are selected for explicit attention, the relative salience of these features, the level of abstractness or specificity at which it is treated, the perspective from which it is viewed, and so on. The sentences in (I), for instance, embody substantially different images (and hence are semantically distinct) even though they could all be used to describe the same objective situation:

- (I) (a) The clock is on the table.
- (b) The clock is lying on the table.
- (c) The clock is resting on the table.
- (d) The table is supporting the clock¹⁷.

The first sentence is the most neutral. It is essentially schematic for the other three, each of which chooses some facet of the scene for further, individual symbolization, thereby rendering this facet more prominent and characterizing it in finer detail. The verb *lie* in (I) (b) calls attention to the alignment of the clock along the horizontal axis of the table; *rest* in (c), on the other hand, emp-

15 *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pág. 100.

16 Con aprovechamiento en la prosa de Santa Teresa. Por ejemplo, en el texto III seleccionado: «darse a entender», «saberse declarar», «entender». Véase también la nota 41 de este artículo, según el orden de prelación que hemos establecido, a diferencia del orden textual anterior.

17 Obsérvese el parecido con el anterior recorrido diatótico directo e inverso planteado por B. Pottier en su *Semántica general*.

hasizes the static character of the locative relationship, whereas *support* in (d) highlights the resistance of the table to the gravitational force exerted on the clock. This is a typical example of how the lexical and grammatical conventions of a language provide an array of alternative expressions for coding a conceptualization: expressions that are often functionally equivalent but nonetheless different in meaning by virtue of the contrasting images they convey»¹⁸.

Para Gerardo del Rosal¹⁹ un análisis del acto de conocer debe integrar tanto el estudio de la naturaleza discursiva del producto de la cognición como de los procesos discursivos que sirven de pauta al acto cognitivo. Es decir, propone acercarse al fenómeno del conocer a través del estudio del discurso, tanto en su carácter de esquemas configurantes de la experiencia cognitiva como de modelos refigurados por la experiencia misma.

Al adoptar el modelo discursivo como pauta de acceso al estudio de la cognición se rompe con la concepción tradicional del conocimiento como manejo algorítmico de símbolos abstractos. Al integrarlo al ámbito de la acción discursiva el conocimiento deja de percibirse como entidad, absoluta y en sí, para convertirse en estructuración significativa, relativa y para mí. Así, los conceptos de intención, de motivo, de deseo, de preferencia, de elección, de agencialidad, de responsabilidad se constituyen en los principios que posibilitan la identificación, la comprensión y la explicación del acto cognitivo.

Al sólo poder ser el conocimiento objeto de estudio bajo su manifestación discursiva²⁰, se intenta, desde este enfoque, la descripción y el análisis de los discursos en los cuales el individuo verbaliza su conocer. La explicación del nivel textual nos lleva a estar atentos a los esquemas y estrategias que emplea un sujeto cognoscente —ejemplificaremos con Santa Teresa—, para hacer compartible su experiencia y para lograr el consenso.

18 *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I, pp. 110-1.

19 Gerardo del Rosal: «Discurso, cultura y cognición», en *Pervivencia del signo*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, Año I, N° I, pp. 139-146.

20 Tradicionalmente el estudio de la lengua y el conocimiento se ha concebido como la búsqueda de conexiones entre dos entidades autónomas. Esos enfoques presuponen la existencia de las lenguas y de los conocimientos independientemente de los hablantes y de los cognoscentes. La concepción convencionalista de la lengua da la impresión de haber explicado el fenómeno en su totalidad y, por ello, hace innecesaria toda otra indagación.

En la dimensión de la lengua se distingue entre lengua cotidiana y lengua especializada²¹; en el ámbito del conocimiento, entre saber y conocimiento. Estos pares conceptuales se crean a partir del criterio de formalización. La lengua cotidiana se percibe como menos sujeta a criterios formales, tanto en el nivel del plano de la expresión como en el plano del contenido. En el caso del saber, éste aparece como menos normado que el conocimiento.

La distinción tan clara entre saber y conocimiento de alguna manera responde a una distinción entre formas cognitivas más dependientes de lo sensorial, en el caso del saber, y de lo racional, en el caso del conocimiento. De acuerdo con el modelo cognitivo el saber modula el conocimiento y éste a aquél. Sólo son dos modalidades diferentes de experiencia. La vivencia²², que da lugar a la categorización del nivel básico, constituye el punto de partida para la elaboración de las categorías del nivel superior, que da lugar al conocimiento. De igual manera, la lengua especializada se percibe como una expansión de la lengua cotidiana. Lo abstracto se discursiviza a partir de lo concreto. En estos pasos de uno a otro nivel entran en juego tanto procesos de metaforización como de metonimización. Lo cual abre una nueva dimensión en el estudio discursivo del conocimiento puesto que habría que dar cuenta de esos procesos discursivos de metaforización.

Paul B. Armstrong²³ considera a la metáfora fuente principal de la innovación semántica. Frecuentemente se sostiene que las metáforas producen innovaciones semánticas al violar²⁴ y extender las reglas establecidas de un idioma. El argumento tradicional de que la metáfora se basa en una semejanza, no explica el hecho de que la figura habitualmente crea una comparación que antes no había

21 Ya los formalistas rusos definieron la lengua literaria en oposición a la lengua coloquial, en este sentido.

22 Véase nota 41, Santa Teresa: Texto III: «vivir» —> «entender» —> «saberse declarar» —> «darse a entender».

23 Paul B. Armstrong: «Los poderes cognitivos de la metáfora», en *Lecturas en conflicto: validez y variedad en la interpretación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, pp. 63-81.

24 La teoría de la interacción de la metáfora pone en cuestionamiento el concepto de que una figura es una formulación que se aparta de la norma, puesto que el significado típico del que la metáfora se aparta no es fijo sino variable, pues refleja las convenciones y expectativas de la comunidad. Un uso que se aparte de lo habitual puede llegar a parecer normal una vez que haya sido asimilado. Por lo tanto, la búsqueda de rasgos fijos que señalen la norma o la anomalía resulta desencaminada e inútil porque dichos rasgos son términos variables que se definen de manera mutua.

parecido posible. Por plantear un reto a nuestros supuestos acostumbrados acerca de las semejanzas, la diferencia en una metáfora puede resultar tan importante como la similitud que propone. Según este autor, como mejor puede comprenderse una metáfora es como la interacción de una palabra y un contexto en el cual parece extraña pero, al mismo tiempo, adecuada.

La función de la metáfora es instruir mediante la combinación inesperada²⁵ de elementos que no han sido unidos antes, de modo que las metáforas nuevas pueden alterar el sistema conceptual en función de lo que experimentamos y decimos acerca de nuestro mundo. Una metáfora comienza como una anomalía²⁶ que se niega a ajustar en su contexto, ya que donde hay metáfora hay conflicto, no obstante, el redescubrimiento de la coherencia es labor del lector ya que el discurso no puede lograr esto por sí solo.

La metáfora no es función de una sola palabra sino de todo el enunciado, aunque la atención se concentre en una sola palabra, cuya presencia sienta las bases para considerar que el enunciado es metafórico. Desde la perspectiva cognitiva ninguna palabra sola puede sustituir a la metáfora porque la figura no es un término aislado sino el producto de todo un contexto de interacción²⁷. De manera similar, si la interacción resulta en un significado nuevo, el término «foco» no puede ser considerado ornamento²⁸ o decorado, un modo fantasioso de decir algo comunicable también en discurso sencillo.

Si las interacciones metafóricas crean significado nuevo al yuxtaponer disonancia y congruencia, este proceso doble refleja una dualidad decisiva de cognición. Determinamos lo que algo es mediante la diferenciación de lo que no es, así

25 La metáfora puede desafiarlos a ampliar la gama de lugares comunes, prototípicos, afiliados a un término y descubrir nuevas relaciones sugeridas por su interacción con su contexto.

26 El propósito de la anomalía es emprender la búsqueda de una nueva congruencia. La anomalía no es un fin en sí mismo sino una provocación para que el lector redescubra la coherencia. La metáfora no puede definirse como un desafío a la norma porque la incongruencia es sólo el comienzo del proceso de innovación. Sólo se genera una nueva figura cuando se ha restituido la congruencia.

27 Según esto, la metáfora ya no sería un tropo como lo definía la retórica tradicional.

La interacción metafórica es un caso especial de la dependencia general que las palabras tienen en relación con su contexto para determinar su significado. Por consiguiente, el significado de que se trate va a variar según la situación en que se aplique la palabra.

La interacción se da no entre dos ideas, cada una de las cuales tiene un significado autónomo, internamente adecuado, sino entre un término y un contexto en el que parece incongruente.

28 El peso de la retórica tradicional descansaba fundamentalmente en el principio del ornato.

como por medio de su afiliación con otros de su tipo. La relación de «parecido» y «no parecido» en una metáfora tiene que ver no sólo con la innovación²⁹ semántica sino también con la cognición³⁰.

Tanto en el nivel del enunciado como del texto en su totalidad, con tropos particulares y también generales, la lectura de figuras es un proceso de experimentación con relaciones entre las partes y los todos. No sólo cuando construimos un texto o un tropo sino siempre que comprendemos, lo hacemos mediante el ajuste de las partes en los todos. Una metáfora desafía nuestro sentido de los tipos y las relaciones que conforman el mundo al crear una vinculación que nuestros agrupamientos ordinarios no pueden explicar. Podemos asimilar la innovación sólo mediante la creación de un nuevo tipo; este proceso de refigurar nuestras categorías de comprensión tiene considerable importancia cognitiva, pues los todos mediante los cuales interpretamos las partes son los tipos que, según nosotros, constituyen el mundo. Sin los tipos no podríamos comprender, pues no contaríamos con pautas para establecer coherencia. Las metáforas³¹ que hemos apren-

29 La invención de una metáfora es individual, pero su aceptación es social. La innovación metafórica que tiene éxito exige la adopción social. Sin embargo, demasiada aceptación despojará a la figura de su carácter novedoso. La total asimilación intersubjetiva significa la muerte de la metáfora, su transformación de figurada a literal, de la anomalía a la norma, de significado nuevo a sabiduría convencional.

Es en sí mismo improbable que el reconocimiento social general sea concedido a las innovaciones audaces que desafían de manera radical las costumbres y criterios prevalecientes. La metáfora es socialmente subversiva en la medida en que perturba las normas existentes con el propósito de retarnos a imaginar modalidades nuevas de estructurar el mundo. El rechazo de la comunidad a una metáfora nueva puede ser signo no de la incongruencia o ineffectividad de la figura, sino de la rigidez del grupo, su indisposición a reexaminar y modificar sus categorías y convicciones. Puede reflejar la ceguera de la autoridad establecida más que la falsedad de la visión de su creador.

La inercia para adoptar innovaciones propuestas hace posible la preservación de maneras de pensar, percibir y actuar que tienen una historia de efectividad comprobada. Sin embargo, un mundo donde las figuras nunca cambiaran sería sofocante y estático.

30 No sólo podemos interpretar lo no familiar mediante su inserción en lo familiar, sino que también debemos modificar lo que ya sabemos con el fin de explicar lo nuevo y lo extraño.

La desorientación que produce una metáfora sorprendente puede revelar los límites de nuestras presuposiciones y desafiarlos para revisarlos, ya que si las metáforas nuevas pueden cambiar nuestras maneras de pensar acerca del mundo, esto se debe a que la exigencia de formular hipótesis inusuales, sin precedentes, para interpretarlas puede hacernos reconsiderar las creencias básicas que por lo regular guían nuestras interpretaciones.

31 En ocasiones se describe a la metáfora como un proceso de «percibir como», ver algo como algo más a lo que es análogo.

dido son una fuente básica de las pautas que empleamos a medida que recorremos el círculo hermenéutico³².

Las figuras -la metáfora-, evitan la rigidez hermenéutica. El poner a prueba nuestras suposiciones y nuestras prácticas habituales de construir coherencia nos mantiene flexibles y abiertos al cambio. Evita que nuestras hipótesis de interpretación se anquilosen en dogma e insisten en su carácter provisional, lo que las vuelve valiosas en la medida en que hacen que el mundo sea congruente pero prescindible, porque otras hipótesis pueden siempre sustituirlas.

Desde la perspectiva cognitiva se considera, novedosamente, que las diversas metáforas ofrecen maneras diferentes de establecer congruencia entre la parte y el todo, y que sus divergencias cualitativas evitan las clasificaciones cuantitativas³³. Asimismo, la incompatibilidad de figuras³⁴ igualmente congruentes en sí mismas demuestra que puede haber muchos modos de hacer que el mundo sea coherente, ninguno de los cuales resulta necesariamente el «más veraz».

Toda incongruencia es un instrumento potencial de reeducación metafórica, siempre que la perturbación que ocasiona en nuestras expectativas sea canalizada hacia una nueva creación de coherencia, y que podamos y queramos responder a su provocación para repensar nuestras categorías. La metáfora puede ser un poder liberador en el sentido de que opera contra la tendencia que tienen las convenciones establecidas de cerrar el mundo. La interpretación de las figuras es un desafío continuo para mantener abiertos nuestros horizontes de cognición.

Si ahora pasamos a hacer una breve aplicación de todo esto a algunos párrafos³⁵, previamente seleccionados, de la prosa de Santa Teresa, podemos ver cómo desde la perspectiva cognoscitiva se pueden explicar ciertas estrategias discursivas, que pasarían inadvertidas, si no se tuviera en cuenta aquélla.

I- «Porque la que no advierte con quien habla
y lo que pide,

32 En la imaginería teresiana resulta un lugar común considerar al alma un castillo o morada interior.

33 No estoy de acuerdo con que la hipercharacterización cualitativa sofoque todo intento de cuantificación. Esta postura resulta, por excesivo relativismo, infructuosa en sí misma.

34 No podemos conocer sin emplear figuras, y su utilidad justifica nuestra confianza en ellas; pero, una fe acrítica en sus poderes es una ilusión que encubre su variabilidad y su carácter provisional.

35 He aprovechado la selección y tipografía de textos que ha manejado Luisa López Grigera en su artículo «El estilo de Santa Teresa», en *La Retórica en la España del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994.

y quien es quien pide,
y a quien pide,
no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios»³⁶.

Según el orden cronológico, las entidades se presentarían así: «hablar» —> «pedir». Orden de pedir: «quien es quien pide» (Sujeto) —> «lo que pide» (objeto directo) —> «a quien pide» (objeto indirecto). En el orden sintáctico, sólo se respeta la secuenciación «hablar» —> «pedir». Pero en el orden de «pedir» se antepone el objeto directo al sujeto y al objeto indirecto, ya que en sí constituye el núcleo semántico de lo que aparecerá al final del texto «no la llamo yo oración». La «oración» no es «quien pide», ni «a quien pide», sino «lo que pide».

«La que no advierte con quien habla» muestra una interpretación preferida de monja, dado el contexto «con quien habla...», al interpretarse «la» en sentido prototípico (la = la monja que no advierte con quien habla), que respeta la combinatoria ortosémica que «hablar» tiene en la lengua: alguien hablar algo. La interacción contextual del párrafo obliga activamente al lector a reestructurar el sentido del discurso, seleccionando otra combinatoria, la metafórica, que permite: algo hablar algo (la oración que no advierte con quien habla). Esta doble combinatoria es extensible perfectamente a «menear los labios», expresión no del todo parasinónima de hablar, ya que focaliza metonímicamente la realidad en su designación.

«No la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios». Aquí se tiene una anáfora textual asociativa, que remite al «la»³⁷ del principio del párrafo, pero al decirse otra cosa, «oración», no prevista al comienzo de nuestra presuposición de *monja, se rompe el principio de aproximación prototípica, puesto que «la» ya no designa a *monja, sino a «oración». Con este cambio de referencia se replantea sintácticamente el anacoluto, de manera que dicho anacoluto gramatical, antes aludido en la nota 36, se ve enriquecido con nuevos aportes y matices hermenéuticos que destaca la perspectiva cognoscitiva, rescatándolos del plano latente: si el orden sintáctico sería: «no la llamo yo oración [...] a la que no

36 Santa Teresa, *Moradas*, I, 1, 7, p. 347. En lo que sigue cito por las *Obras completas*, edición de Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, BAC, 1962.

37 Obsérvese que la expresión no es correcta sintácticamente, puesto que carece de la preposición a, resultando ser un anacoluto; lo correcto sería: «no la llamo yo oración a la que no advierte...».

advierde...», el orden cronológico de las entidades, que es precisamente el que nos presenta Santa Teresa, es: «la que no advierde ... (equivalente a «eso» - «sujeto», de ahí la ausencia de preposición) [...], no la llamo yo oración» (equivalente a «no es oración para mí» - «predicado nominal»).

II- «[...] y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata así, de manera que parece que estamos en alguna manera desatados de este cuerpo»³⁸.

El orden cronológico se respeta en una parte del discurso sintáctico, en cuanto que «desatar» presupone «atar»; pero no se respeta en su totalidad, puesto que:

1º) se ofrecen dos casos de anticipación usual, sintácticamente bien establecida, en «puede atarle» y «parece que estamos...», ya que la modalización es un aporte sobre un soporte proposicional.

2º) sintácticamente se presenta la principal «y lo ordinario vuela el pensamiento de presto» seguida de la causal explicativa «que sólo Dios puede atarle», y de la temporal «cuando nos ata así», cuando el orden cronológico sería justo el contrario: de la causa a su efecto —que es la principal—, y entre medio, la temporal.

La falta de adecuación entre el orden sintáctico y el orden cronológico epistémico provoca un hipérbaton de cara a la consecutiva: «de manera que parece que estamos en alguna manera desatados de este cuerpo», con la consiguiente falta de *variatio* estilística, al repetirse léxicamente y un tanto forzadamente, aunque con funciones sintácticas distintas, los sintagmas «de manera... en alguna manera». El hipérbaton oracional causa una innecesaria redundancia sintáctica en el nexos introductor de la consecutiva, puesto que «de manera que» es perfectamente prescindible, ya que «de presto» puede servir para tal función. Si reconstituimos valiéndonos del orden cronológico, esto se puede comprobar: «y (ya) que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata así, lo ordinario vuela el pensamiento de presto que parece que estamos en alguna manera desatados de este cuerpo». Por lo tanto, el enfoque cognoscitivo pone orden en la casa sintáctica y permite ver más gráficamente lo que de otra manera quedaría en la sombra disimulado.

38 *Moradas*, IV, i, 8, *op. cit.*, pp. 364b-365a.

3º) La expresión «lo ordinario vuela el pensamiento de presto», ofrece un orden sintáctico que no se corresponde con el orden cronológico, que sería justo el contrario: «el pensamiento» (sujeto), «vuela de presto» (con el significado factitivo de 'hacer volar'), «lo ordinario» (objeto directo). Semánticamente, una interpretación de este último elemento («lo ordinario»), como locución adverbial ('de ordinario'), no sería posible ya que la experiencia mística no tiene nada de ordinario ni de frecuente. De ahí que el sintagma adverbial «de presto» induzca al hipérbaton sintáctico por focalización, anteponiendo el objeto directo al sujeto, como expresión de la intención jerarquizante por parte de Santa Teresa, desde el nivel conceptual.

Por otra parte, la estructura sintáctica «nos ata» hace sobreentender al lector de forma mecánica, por interpretación preferida, en el «nos» el «le» precedente. A partir de aquí se opera el principio de la desviación especificada, al expresársenos seguidamente el sustantivo «cuerpo», como segundo componente de la unidad ser humano: espíritu / cuerpo. El término espíritu, que está aludido, no se expresa ya que se trabaja con un prototipo más próximo, como modelo antonomástico: «pensamiento», es decir, razón o inteligencia³⁹.

III- «Yo sé poco destas pasiones del alma, que quizá me diera a entender, y lo que procede de la sensualidad
y de nuestro natural,
porque soy muy torpe, que yo me supiera declarar, si como he pasado por ello lo entenderia. Gran cosa es las letras para todo»⁴⁰.

De nuevo, Santa Teresa nos presenta un orden sintáctico en desacuerdo con el orden cronológico de las entidades, que sería el siguiente: «Porque soy muy torpe, aunque, ya que yo me supiera declarar, si como he pasado por ello lo entenderia, quizá me diera a entender, yo sé poco destas pasiones del alma y (de) lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural. (Por consiguiente) Gran cosa es las letras para todo».

39 El Brocense en su *Organum Dialecticum et Rhetoricum*, cuando habla de las causas en el libro I, exactamente cuando se refiere a la causa formal, cita a Cicerón, ya que éste, aludiendo a dicha causa, alaba al hombre, al ser éste partícipe de la razón; Cicerón piensa que la razón es la forma del hombre y que por ella se diferencia de los demás animales.

40 *Moradas*, IV, 1, 5, *op. cit.*, p. 364a.

Aparece en el texto elegido, sistemáticamente focalizado el efecto, por eso, viene expresado sintácticamente antes de la causa⁴¹: efecto 1º («yo sé poco destas pasiones del alma y (de) lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural») — > causa 1ª («porque soy muy torpe»); efecto 2º («que [aunque] quizá me diera a entender») —> causa 2ª («que [porque] yo me supiera declarar»); efecto 3º («si lo entendiera⁴²) —> causa 3ª («como he pasado por ello»).

Fuera del contexto causal, que jerarquiza el discurso en tres causas, aparece expresada sintácticamente otra inversión con respecto al orden cronológico de 1º prótasis, 2º apódosis: apódosis («yo me supiera declarar») —> prótasis («si como he pasado por ello lo entendiera»).

Resulta curiosa la diátesis directa e inversa que se observa en los verbos «me diera a entender» y «yo me supiera declarar»⁴³. «Darse a entender» equivale a «hacerse entender» o a «hacer ser entendida» Santa Teresa, en una diátesis inversa. En cambio, en «saberse declarar» o «saber declararse», la diátesis es directa. Esta doble perspectiva permite en el texto interpretar la oración, cuyo núcleo verbal es declarar, como causal de la que presenta, como núcleo verbal, darse a entender. Efectivamente, 1º declarar —> 2º darse a entender (hacer ser entendida); por lo tanto, causalidad de la concesión. Y, a su vez, en la progresión sintáctica del discurso, esta causal resultará ser la apódosis de la prótasis, según se ha visto anteriormente.

El hipérbaton sintáctico del comienzo del texto explica la elisión anacolútica de la preposición *de, exigible desde el esquema sintáctico de la coordinación copulativa: «yo sé poco destas pasiones del alma y (de) lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural». Ahora bien, parece que Santa Teresa en su discurso, dinámicamente contemplado desde presupuestos cognitivos, se dejara llevar sintácticamente por la asociación mental con el verbo «declarar», de tal manera que con la omisión de la preposición *de, se observará una aproximación

41 Obsérvese la concatenación de causalidad tan compleja. El análisis conceptual que realiza Santa Teresa resulta ser muy riguroso.

42 Santa Teresa apela a un conocimiento, valga la redundancia, cognoscitivo, ya que lo vincula directamente con la realidad externa, haciendo verdad el aforismo castellano: hay que vivirlo para saberlo. De tal manera que en este texto parece advertirse el siguiente proceso: vivir (pasar por ello) —> entender —> declarar —> darse a entender (hacerse entender, hacer ser entendida, ser entendida). Proceso que perfectamente explica y hace comprensible la consecuencia: «Gran cosa es las letras para todo».

43 Véase lo dicho en la cita 41 para todo el proceso cognoscitivo que puede sobreentenderse.

de «lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural» al objeto directo de «yo me supiera declarar», incluso más, una segunda aproximación, como *designatum* o referente, del «ello > lo», que vendrá más adelante «si como he pasado por ello lo entendiera». Si la relación de «ello» con «lo» es anafórico sintáctica, esta otra relación semántica que apunto, está sugerida desde el texto, pero no está expresa en el texto. La reconstrucción dinámica de la perspectiva cognoscitiva, que permite asociaciones mentales más libres, nos facilita la reconstrucción que haga lógica la infracción sintáctica del anacoluto (omisión de la preposición «de») así como ordenar el desorden infligido por el hipérbaton.

Tanto la palabra «sensualidad» como el sintagma «nuestro natural» actúan desde el principio de aproximación al prototipo de «pasiones». Pero, a la vez, son especificaciones necesarias, por lo tanto, se actúa desde el principio de la desviación especificada, con respecto a «pasiones del alma», puesto que lo normal y esperado prototípicamente hubiera sido *pasiones del cuerpo, *pasiones de la carne.

La consecutiva con la que acaba el texto: «Gran cosa es las letras para todo», presenta una concordancia en singular del verbo con respecto al sujeto. Por lo tanto, sintácticamente, las funciones desempeñadas están bien definidas: «Gran cosa para todo» (sujeto), «es» (verbo), «las letras» (atributo). Ahora bien, desde el punto de vista semántico, la palabra clave resulta ser «letras», que, desde el orden del conocimiento, sería la idónea para desempeñar la función de sujeto oracional. La palabra «cosa» es un comodín lingüístico, obsérvese la desemantización a partir de su étimo *causa*, y por ello presenta una mínima intención y una máxima extensión, propia de un hiperónimo tan generalizador. Este vacío léxico no resulta apropiado para un sujeto, epistémicamente. Pero al venir cuantificado, «gran cosa», permite actuar en el eje sintáctico reclamando para sí el oficio de sujeto, ya que lo importante para Santa Teresa no son las letras en sí, sino la ponderación y encomio de esas letras, representados en el intensivo cuantificador.

- IV. Oh Jesús
¡Qué es ver un alma apartada de ella! {de la luz}
¡Cuáles quedan los pobres aposentos del Castillo!
¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos!
y las potencias, que son los alcaides
y mayordomos

y maestresalas con qué ceguedad,
con qué mal gobierno»⁴⁴.

En este párrafo nos encontramos con metáforas continuadas⁴⁵ en una alegoría: «alma» = «Castillo»; «sentidos» = «gente»; «potencias» = «alcaldes, mayordomos, maestresalas». Igualmente encontramos estructuras paralelísticas en jiasmo: «¡Qué es ver⁴⁶ un alma apartada de ella! [de la luz]» establece relación semántica con «con qué ceguedad»; «¡Qué turbados andan los sentidos...!» la establece con «con qué mal gobierno».

En la primera parte del texto se observa un orden sintáctico que no reproduce el orden cronológico del pensamiento, que sería: 1º sujeto (soporte proposicional: «ver un alma apartada...»; «los pobres aposentos...»; «los sentidos...») - 2º accidentes (aporte modalizado: «¡Qué⁴⁷ es»; «¡Cuáles quedan»; «¡Qué turbados andan!»).

El tipo sintáctico «los pobres aposentos del Castillo» no se corresponde con el prototipo cognoscitivo: 'el Castillo, con sus pobres aposentos' < 'el Castillo tiene pobres aposentos'.

En la segunda parte del texto, en cambio, el orden cronológico sí se respeta, aunque sintácticamente se interprete como un hipérbaton por inversión. Dicha inversión marca el quiasmo aludido antes: «¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! y con qué ceguedad, con qué mal gobierno (andan) las potencias, que son los alcaldes y mayordomos y maestresalas». Analicemos más detalladamente esto último. El término «sentidos», no es sinónimo⁴⁸, porque es diferente jerárquicamente, de «potencias», ya que éstas al referirse a «alma», prototípicamente seleccionan «entendimiento», «voluntad» y «memoria», aunque en otros contextos sí podría actuar como hiperónimo de

44 *Moradas*, I, 2, 4, *op. cit.*, p. 349a.

45 La coherencia de la metáfora continuada le resta novedad; en cierta forma la preautomatiza.

46 En la modalidad epistémica, los sentidos pasan a ser, a través de un proceso metafórico, modos de pensamiento: ver > darse cuenta > entender.

47 Tanto «qué» como «cuáles» son exclamativos, no interrogativos. Por lo tanto, se realiza una exclamación sobre la *qualitas* adjetiva, no sustantiva. Es decir, tanto en «qué» como en «cuáles» subyace un adjetivo, sobre el que se ejerce la intensificación, del tipo: horrible, devastados, que pertenecerían al mismo paradigma de «turbados».

48 De hecho puede hacerse la siguiente distinción de relación: «sentidos» con «ceguedad», frente a «potencias» con «mal gobierno», justificándose así el zeugma conceptualmente también, y no sólo formalmente, dada la omisión de «andan» en este último tramo del párrafo.

«potencias», y en tanto que término englobador perfectamente podría funcionar como parasinónimo. Las dos relativas explicativas presentan también una relación de hiperonimia («gente») - hiponimia («alcaldes y mayordomos y maestresalas»). No obstante, tampoco hay sinonimia. Más bien puede llevarse a cabo una interpretación preferida, considerando en «gente» el significado de 'gente humilde', no «alcaldes», ni «mayordomos», ni «maestresalas».

A la combinatoria metafórica de «¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos!», le subyace la otra combinatoria ortosémica, que explicaría satisfactoriamente la concordancia *ad sensum* que se establece entre «vive» y «gente», con exclusión formal de «sentidos», que es lo esperable sintácticamente. Ya para terminar, sólo decir que con el análisis de estos cuatro textos se ha podido comprobar cómo la perspectiva cognoscitiva es de gran ayuda para explicar fenómenos que el texto sugiere, aunque no expresa de forma patente, pero que desde este enfoque dinámico de proceso mental se ven enriquecidos con otros puntos de vista a la hora de analizar estrategias discursivas adoptadas por un escritor, o escritora, en este caso.

Por otra parte, se ha podido constatar cómo la sintaxis no es un reflejo directo ni de la realidad ni del pensamiento. En bastantes ocasiones se ha podido mostrar la disociación que existe entre el orden sintáctico y el orden cronológico del pensamiento. Esta disociación no tiene efectos negativos, como podría creerse en un primer momento, sino que sirve de útil efficacísimo para iluminar la otra cara⁴⁹ del anacoluto, del hipérbaton o del zeugma, sólo por citar algunos de los fenómenos analizados en los textos seleccionados de Santa Teresa.

OTRAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARNES, B.K.: «An Empirical Study of the Syntax and Pragmatics of Left Dislocations in Spoken French», en O. Jaeggli y C. Silva-Corvalán (eds.), *Studies in Romance Linguistics*, Dordrecht, Foris, 1986, pp. 207-224.

⁴⁹ No me ha interesado tanto aquí la «rule-governed creativity», como la «creativity in a more general sense of the term». Véase en la página nueve de este artículo la cita que recojo de R.W. Langacker

- CAMPOS, H. y ZAMPINI, M.: «Focalization Estrategies in Spanish», *Probus*, 2.1, 1990, pp. 47-64.
- FILLMORE, Ch.J.: «An Alternative to Checklist Theories of Meaning», en *Proceedings of the First Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, 1975.
- FILLMORE, Ch.J.: «Towards a Descriptive Framework for Spatial Deixis», en R.J. Jarvella y W. Klein, Eds., *Speech, Place and Action*, Londres, 1982.
- FOLEY, W.A. & R.D. Van VALIN, Jr.: *Functional Syntax and Universal Grammar*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- GOLDSMITH, J.: «Meaning and mechanism in grammar», *Harvard Studies in Syntax and Semantics*, 2, pp. 423-449.
- GREEN, G.M.: *Semantics and Syntactic Regularity*, Bloomington, Indiana University Press, 1974.
- JACKENDOFF, R.: *Semantics and Cognition*. (Current Studies in Linguistics 8). Cambridge, Mass.: MIT Press, 1983.
- KLEIBER, G.: «Prototype, stéréotype: un air de famille?», en *DRLAV*, 38, 1988.
- LACA, B.: «La semántica de prototipos. ¿Hacia una lingüística de las cosas?», en *Relaciones*, 1, Montevideo, 1984.
- LAKOFF, G.: *Irregularity in Syntax*, New York, Holt, 1970.
- LAKOFF, G.: «Hedges: A Study in Meaning Criteria and the Logic of Fuzzy Concepts», en *Papers from the 8th Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago, 1972; y «Fuzzy Grammar and The The Performance/Competence Game», en *Papers from the 9th Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago, 1973.
- LAKOFF, G. & M. JOHNSON.: *Metaphors We Live By*, Chicago and London, University of Chicago Press, 1980.
- LANGACKER, R.W.: *Language and its Structure*, New York, Harcourt Brace Jovanovich, 1973.
- LANGACKER, R.W.: «An Introduction to Cognitive Grammar». *Cognitive Science*, 10, pp. 1-40, 1986.
- LANGACKER, R.W.: *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. I: Theoretical Prerequisites, Stanford, California, Stanford University Press, 1987; y vol. II: Descriptive Application, Stanford, California, Stanford University Press, 1991.

- LANGACKER, R.W.: *Concept, Image, and Symbol. The Cognitive Basis of Grammar*. Berlín - Nueva York, Mouton de Gruyter, 1991.
- LARSSON, E.: *La dislocation en français: Etude de syntaxe générative*, CWK Gleerup, Lund, 1979.
- LYONS, J.: *Introduction to Theoretical Linguistics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.
- LYONS, J.: *Semantics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.
- MALDONADO, R.: «Energetic reflexives in Spanish», *Proceedings of the Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, 14, pp. 153-165, 1988.
- MOORE, T.E. (ed.): *Cognitive Development and the Acquisition of Language*, New York, Academic Press, 1973.
- MORALES, A.: «Acerca de la topicalidad de objeto en algunos dialectos del español», *Revista de Filología Española*, LXXII, 1992, pp. 671-685.
- RIVERO, M.L.: «On Left-Dislocation and Topicalization in Spanish», *Linguistic Inquiry*, XI, pp. 363-393.
- ROSCH, E.: «Principles of Categorization», en E. Rosch y B. Lloyd, Eds., *Cognition and Categorization*, Hillsdale, New York, 1978.
- SHOPEN, T. (ed.): *Language Typology and Syntactic Description*. Vol. 3, *Grammatical Categories and the Lexicon*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- SWEETSER, E.E.: «Metaphorical models of thought and speech: A comparison of historical directions and metaphorical mappings in two domains», *Proceedings of the Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, 13, pp. 446-459, 1987.
- VAN OOSTEN, J.: *The Nature of Subjects, Topics and Agents: A Cognitive Explanation*. Bloomington, Indiana University Linguistics Club, 1986.
- WIERZBICKA, A.: *The Semantics of Grammar*. (Studies in Language Companion Series 18), Amsterdam and Philadelphia: John Benjamins, 1988.